

XXII

AUSTRIA Y PRUSIA

Después que Austria y Prusia firmaron definitivamente la paz con Dinamarca, Bismarck dejó entrever cada vez más claramente el deseo de incorporar todo el Schleswig-Holstein á Prusia, si bien oficialmente se limitó á oponerse á que este país se entregara oficialmente al duque Federico de Augustenburgo mientras éste no se conformara con las condiciones militares y políticas que la Prusia le presentaba, y que en rigor constituían la absorción de los ducados, dejando á dicho príncipe solo como un testafarro.

En una entrevista que tuvo el duque Federico con Bismarck manifestóle éste que el nuevo Estado, situado en el extremo septentrional de Alemania y sin límites naturales, estaría expuesto á muchos riesgos si no se apoyaba en un aliado poderoso, íntimo, que fuera un protector lo mismo que un amigo. La Prusia, vecina del Schleswig-Holstein, parecía, según Bismarck, llamada á desempeñar esta misión tutelar. Además, para preservar al duque de todo peligro como soberano, el rey Guillermo se encargaría de reclutar y organizar sus fuerzas militares y aun se tomaría la molestia de mandarlas. Por otra parte, en un Estado que tenía costas en dos mares, las defensas marítimas no eran menos importantes que las terrestres, y por lo tanto se atendería á la armada con la misma solicitud que al ejército de tierra. Una detenida exploración de las costas había sugerido á Bismarck otra idea. En el litoral de los ducados había una rada segura y profunda, la de Kiel, desproporcionada para las necesidades de un pequeño principado, pero preciosa para una gran potencia que andaba entonces en busca de un establecimiento naval. Penetrado de esta oportunidad, el ministro se aseguraba el derecho de fortificar á Kiel y de ocuparlo. Pero no era esto todo. Como se había proyectado un canal de navegación para unir el Báltico con el mar del Norte, Prusia se atribuía la propiedad del canal, pues era la única capaz de construirlo, utilizarlo y defenderlo. Atento á proteger al nuevo soberano de los ducados contra todo ataque extranjero, el ministro prusiano no se mostraba menos celoso para ahorrarle las molestias de la administración, y á este efecto hacía entrar á los ducados en el sistema aduanero prusiano, reclamaba luego para su país el libre uso de ciertas vías de comunicación y además tomaba á su cargo la dirección de los correos y de los telégrafos.

El duque Federico empezó por escuchar atónito esta serie de imposiciones;

pero no pudiendo por fin contenerse, estalló en quejas y recriminaciones, indignado de que se le quisiera convertir en un esclavo de Prusia, mientras que Bismarck se lamentaba de tener que habérselas con un ingrato.

En cambio, Austria insistía diariamente en que se diera la investidura al duque, de suerte que en diciembre de 1864 se habían hecho ya muy tirantes las relaciones entre las dos grandes potencias alemanas, y Bismarck, en una conversación tenida con el periodista dinamarqués Hansen, insinuó que era muy probable la guerra, aunque no podía decir si estallaría dentro de un mes ó de un año.

Pasaron seis meses en negociaciones más ó menos serias ó ficticias entre las dos cortes alemanas, y á cada proposición que fracasaba aumentaba la tirantez, tanto que en el mes de julio llegaron las cosas á punto de parecer la escisión inevitable. Bismarck habló en Carlsbad el 25 de agosto con el embajador francés M. de Gramont diciendo que era imposible ya evitar la guerra, y entre otras cosas significativas le refirió una conferencia que había celebrado acerca del asunto con el representante de la Gran Bretaña, M. Andrés Buchanam. Según Bismarck, éste le había amenazado con que la Gran Bretaña haría grandes concesiones á la política francesa á fin de conseguir del emperador que ajustara una alianza con ella; á lo cual contestó el ministro prusiano que se haría mal en incitar á Napoleón á una política aventurera, porque á lo sumo se le podría ofrecer el permiso de hacer una guerra ruinosa y encarnizada para arrancar á Prusia las Provincias renanas; «pero, añadió, el que puede dar las Provincias renanas á Francia es el que las posee, y el día en que se haya de correr la aventura, nosotros podemos, mejor que otro cualquiera, correrla con Francia, empezando, no por prometerle, sino por darle una prenda para su concurso.»

Bismarck indujo también al rey de Prusia durante su viaje á los baños en 21 de julio á convocar un consejo de ministros extraordinario en Ratisbona, al cual asistieron también Moltke y los embajadores de Prusia en Viena y en París. El resultado fué calificar de insuficientes las concesiones de Austria y asegurar que Prusia se encontraba en situación de emprender la guerra.

El conde de Goltz, agente prusiano en París, recibió de su gobierno el encargo de sondear á Napoleón respecto de un convenio de neutralidad. Nadie más á propósito que este diplomático para semejante misión, pues su carácter dominante era una perspicacia pasmosa, propiedad tanto más peligrosa cuanto que la ocultaba tras una sencilla ingenuidad, y para averiguar mejor los secretos del gobierno francés, fingía primero revelar los suyos. Ninguna de las diferentes fases que seguía la política en las Tullerías ó en el ministerio de Negocios extranjeros había escapado ni escapaba á su penetración, y para hacerse bienquisto del emperador y enlazarle en sus redes, le conquistó diciéndose discípulo suyo. Para confirmarlo, recogió cada uno de los aforismos que salían de sus labios, afectó seguir su escuela y luego repetía las máximas de Napoleón. La trata tuvo completo éxito, y el emperador consideró como hombre de gran talento

y profundo político al que era como un eco de sus pensamientos. De este modo nació para el conde de Goltz un favor que fué creciendo por grados, y que algún día debía ser funesto para Francia. Tan persuadido estaba éste de su predominio en el ánimo de Napoleón, que llegó á escribir: «Si quisiéramos, podríamos hacer fácilmente que el emperador se aliara con nosotros contra el Austria.»

Viéndolo todo de color de rosa, en la información que envió á Bismarck respecto de la cuestión austriaca le aconsejó que sin pérdida de tiempo se pusiera de acuerdo con Francia; pero el ministro prusiano, creyendo que había alguna exageración en los lisonjeros informes del conde de Goltz, y no queriendo por otra parte precipitar las cosas, aplazó para más adelante su decisión.

También el conde de Usedom, embajador prusiano en Florencia, recibió orden de preguntar al presidente del ministerio italiano qué conducta pensaba observar Italia en el caso de una guerra entre Prusia y Austria. El general Lamarmora, procurando reprimir la alegría que le causaba esta pregunta, en la que veía una probabilidad de adquisición del Véneto, contestó con prudente reserva que Prusia hiciese á Italia una proposición seria y formal, y entonces se examinaría; que por el momento nadie creía en las medidas agresivas de Prusia contra Austria, y esta última potencia menos que nadie, y por fin que no podía contraer ningún compromiso sin consultar con el emperador Napoleón, cuyas intenciones debería también Prusia tener interés en averiguar.

Puesto este paso del conde de Usedom en conocimiento del embajador italiano en París, contestó éste á su gobierno que no creía conveniente precipitar las cosas, pero que el emperador no opondría ningún obstáculo á la libre decisión de Italia, y por lo demás, Napoleón había cesado de ambicionar la frontera del Rhin y mostraba gran repugnancia á toda guerra, lo que no obstaba para que considerara la lucha entre Prusia y Austria como un suceso muy favorable, en el cual Francia no podía menos de salir gananciosa en aquellos momentos en que estaba algo comprometida su posición política europea.

«Napoleón, dice M. de la Gorce, á consecuencia de la propensión general de su carácter, estaba más inclinado á favorecer á Prusia que á aborrecerla. No quería mal á ninguno de sus vecinos, y en diferentes grados, sirvió á todos los pueblos excepto al suyo. La única potencia que le inspirara prevenciones bastante marcadas era Austria; desconfiaba de ella, por recordar el Congreso de Viena que había desposeído á su familia, por cierta antigua levadura revolucionaria que dormitaba en él secretamente, por influencias de los emigrados italianos que le habían rodeado en su juventud. De la antipatía al Austria al favor á Prusia no había más que un paso fácil de dar. Una escuela política, acreditada aún á mediados de este siglo, sostenía que el verdadero peligro para el equilibrio europeo residía en Viena; que en cambio Prusia no era más que un Estado de segundo orden, admitido por pura cortesía entre las grandes monarquías y al cual se podía patrocinar y dejar crecer sin pecar de imprudencia: Napoleón había admitido esta doctrina sin notar que la misma máxima que en

otro tiempo se recomendaba por su cordura, ya no se perpetuaba sino por rutina, ignorancia ó prejuicio. Prusia era una potencia innovadora, amiga del progreso: nueva razón para que agradara al emperador, que se jactaba sobre todo de no temer los adelantos. Napoleón, en fin, estaba muy encariñado con el plan de una Europa ideal, no sólo distribuída con arreglo á las aspiraciones naciona-



El conde de Goltz

les, sino armoniosa á la vista y que, contemplada en el mapa, tuviera un aspecto simétrico. En sus largas meditaciones solitarias se ingeniaba en variar, regularizar, rectificar las fronteras, y se embecía en este placer de teórico hasta olvidarse por completo del pueblo en que reinaba. Entre todos los territorios había dos especialmente cuya modificación le pareció necesaria: Italia, que estaba demasiado dividida, y Prusia, que juzgaba muy mal conformada; de aquí la idea de simplificar la una y redondear la otra, no porque quisiera una sola monarquía en Alemania y otra en la Península; al contrario, en cada uno de estos dos territorios había soñado con dos ó tres Estados bien aglomerados, organizados conforme á los mejores datos de la etnografía y la geometría, en una palabra, formados según su deseo, tanto para el bien de los pueblos cuanto para recreo de la vista.»

Penetrado de estas máximas, Napoleón las había adoptado por regla desde su advenimiento al poder, y por esto se puso de parte de Prusia en las cuestiones de esta potencia con Austria. No es de extrañar, pues, que en los momentos á que nos referimos fuera una amarga decepción, así para Napoleón como para el gobierno italiano, el convenio de Gastein del 14 de agosto de 1865, que cerró bien ó mal las grietas que, según expresión de Bismarck, se habían abierto en las relaciones entre las dos potencias alemanas. Este convenio fué obra de los dos monarcas, austriaco y prusiano, personalmente unidos por vínculos de amistad, y que tuvieron una entrevista en Gastein. En ella se convino en que Austria quedara en posesión del Holstein y Prusia del Schleswig hasta ulterior acuerdo. Por lo que respecta al ducado de Lauenburgo, Francisco José lo vendió definitivamente á su aliado.

En el texto del convenio, Prusia había tenido la habilidad de introducir todas las cláusulas que preparaban su dominio futuro: derecho de ocupar y de fortificar á Kiel, derecho de poseer dos caminos militares al través del Holstein, derecho de hacer ingresar á los ducados en el Zollverein ó unión aduanera alemana, derecho de abrir el canal del mar del Norte al Báltico. El mismo Holstein, penetrado por todas partes por influencias prusianas, no parecía dejado en poder de Austria sino por tolerancia pasajera y mientras llegaba el día de su absorción total.

Drouyn de Lhuys expresó en una nota del 29 de agosto en términos muy vivos el disgusto que en las Tullerías produjo este nuevo giro de los sucesos, diciendo que el convenio prescindía así de los tratados como del derecho hereditario, del principio de las nacionalidades y de la voluntad del pueblo, no reconociendo más base ni justificación que la fuerza bruta y la conveniencia de las dos potencias. Añadía que el Austria y la Prusia renovaban así una conducta á la cual la Europa no estaba ya acostumbrada y de la que sólo se encontraban ejemplos en las épocas más lamentables de la historia. Estas críticas no se referían tanto á la venta del Lauenburgo cuanto al hecho de que el convenio no decía ni una palabra de la restitución de los distritos más septentrionales del Schleswig á la Dinamarca, atendido que Napoleón no tenía que objetar nada contra la venta del Véneto. Bismarck comprendió la importancia que para Napoleón tenía la omisión de la restitución de los distritos septentrionales, á la cual nunca se había opuesto, y se apresuró también entonces á dar en París explicaciones tranquilizadoras. Más duradero fué el disgusto producido en Florencia, donde Lamármora se decidió á enviar á Viena al conde de Malaguzzi para ofrecer mil millones de francos por la cesión de Venecia. La inutilidad de estos esfuerzos, y por otra parte la disposición más favorable á la Prusia que prevaleció en París, produjeron en Florencia una nueva aproximación á la Prusia. Lamármora, sin embargo, jamás llegó á vencer la desconfianza que le inspiraba Bismarck, pues que confesó que en el fondo él también jugaba con dos barajas con la Prusia y que de buena gana se hubiera servido de la alianza prusia-

na como espantajo para atemorizar al Austria y disponerla á ceder la Venecia.

Bismarck, después de haber quedado un tanto disipadas las impresiones desfavorables causadas por el convenio de Gastein, emprendió otro viaje á Biarritz con el objeto de interrogar directamente al que podía vedarlo ó permitirlo todo. El 4 de octubre llegó á aquella estación de baños, donde la corte imperial pasaba la temporada de otoño.

Las primeras palabras de Napoleón al ministro prusiano confirmaron la creencia de que había pasado el mal efecto causado por el citado convenio. El emperador habló de él, pero no tanto para recriminar á Prusia como para



Entrevista de Napoleón III y el conde de Bismarck en Biarritz

disculpar la circular de Drouyn de Lhuys. «Siento, dijo, que se haya publicado ese documento y desearía que se considerase como nulo y de ningún valor.» Bismarck tomó nota de este sentimiento, pero sin creer mucho en él, porque precisamente la antevíspera le dijo Rouher en París que el emperador había leído y aprobado el despacho. «El acta de Gastein, prosiguió Napoleón, ha desagradado aquí por dos razones: primera, por tenerse la persuasión de que la aproximación de las dos potencias alemanas no era otra cosa sino el prelude de una coalición contra Francia, y segunda, por juzgarse que Austria no habría hecho á Prusia tan amplias concesiones si no hubiese obtenido en cambio alguna ventaja secreta.» Después el emperador pasó á interpelar al ministro, y sin rodeos le preguntó claramente: «¿Puede usted afirmarme en conciencia que la Prusia no ha garantizado al Austria, en cualquier forma que sea, la posesión de Venecia? – Nada de eso se ha estipulado, contestó Bismarck, y muy pronto se tendrá la prueba de nuestra sinceridad. Además, ¿cómo habríamos contraído un compromiso que podría arrastrarnos á la guerra sin ningún provecho para nos-

otros?» Tranquilizado sobre este punto, Napoleón no insistió, y volviendo á la cuestión de los ducados, preguntó: «¿Cuáles son las miras de Prusia sobre el Holstein? — Nos proponemos apropiárnoslo, contestó Bismarck resueltamente, sin perjuicio de asegurar á Austria, si es necesario, una indemnización pecuniaria.» Partiendo de aquí, se ingenió en probar que el engrandecimiento era mediano; que no debía despertar envidia; que Prusia, al extenderse hacia el mar del Norte y el Báltico, tendría que aumentar sus fuerzas marítimas, y que los gastos de este aumento excederían con mucho á los beneficios modestos de la conquista. El emperador convino con ello, y entonces Bismarck, animado por esta tolerancia, se aventuró á provocar las confidencias de Napoleón revelando él mismo sus propios designios.

«La adquisición de los ducados, vino á decir, no es más que un comienzo. Nuestro Estado alemán tiene una gran misión que cumplir por derecho histórico, y en la realización de lo que á nuestros ojos es un deber contamos con la actitud amistosa de Francia. El gabinete de las Tullerías está interesado en favorecer la misión nacional de Prusia; una Prusia vigorosa se aproximará naturalmente á Francia; en cambio, una Prusia miserable tendrá que buscar en el centro y en el Norte de Europa aliados contra su poderosa vecina del Oeste.»

Napoleón escuchó á Bismarck sin interrumpirlo, y cuando éste hubo terminado se limitó á contestar que aquellas consideraciones eran ciertas y dignas de atención. Al dejar traslucir sus miras ambiciosas, el ministro prusiano se lisonjeaba de provocar una confianza igual por parte del emperador, y tal vez le desilusionaría una contestación tan lacónica. Pero la adhesión, aun formulada en términos tan generales, tenía gran precio.

El género de vida familiar que se llevaba en Biarritz favorecía estas entrevistas, así es que algunas de ellas tuvieron efecto durante los paseos que el emperador daba por la playa ó en el mirador de la quinta imperial.

El 11 de octubre Bismarck se despidió de Napoleón, y en el mismo día resumía en un informe dirigido á su rey la impresión general de su viaje en los siguientes términos: «Según las observaciones que he recogido, considero la opinión actual de la corte imperial como muy favorable para nosotros.» Pero en esta ocasión Bismarck no alcanzó, como en otra época Cavour en Plombières, ningún resultado ni arreglo definitivo; verdad es que tampoco trataba de obtenerlos, porque habría tenido que soltar prendas respecto á un aumento territorial de Francia. Sin embargo, de sus entrevistas con Napoleón dedujo dos consideraciones importantes: que no se opondría á una guerra de Prusia con Austria, puesto que de lo contrario no le habría permitido, sin hacerle alguna objeción, exponer sus miras sobre los ducados, y al preguntarle si en aquel caso podría contar con su actitud amistosa, se contentó con diferir la alianza, cuando con una palabra clara y terminante el emperador podía oponerse á todas las ambiciones prusianas, reprimir todas las codicias de Bismarck.

La segunda consideración era que descubrió en Napoleón una solicitud apa-

sionada por la suerte de Venecia, que deseaba pasase al dominio de Italia. Por esto quedó plenamente convencido el diplomático prusiano de que, como Víctor Manuel no efectuaría su alianza con el rey Guillermo para atacar al Austria sin la aquiescencia de Napoleón, podía contar desde luego con que esta aquiescencia sería otorgada. Tan persuadido estaba de ello, que al pasar por París de regreso á Berlín, una de sus primeras visitas fué para Nigra, á quien dijo: «Si no existiera Italia, sería preciso inventarla.»

No obstante, por aquel tiempo, Napoleón favoreció una aproximación de la Italia al Austria, en la apariencia incompatible con la alianza prusiana. Ninguna parte tuvo en la misión infructuosa de Malaguzzi, que había sido enviado á Viena sin su conocimiento; pero en cambio se esforzó en facilitar una inteligencia entre Italia y Austria en cuestiones aduaneras á instancia del conde de Mensdorff, ministro de Negocios extranjeros de Austria, al cual quizás impulsó á dar este paso la noticia de las negociaciones existentes para un tratado de comercio entre Italia y la Unión aduanera alemana. La diplomacia francesa aceptó diligentemente la mediación y dejó entrever que las consecuencias ulteriores podrían ser quizás el reconocimiento de Italia por parte de Austria y la negociación sobre la cuestión de Venecia. A mayor abundamiento, recomendó Nigra en esta ocasión al presidente del ministerio italiano el desarme y la renuncia por cierto número de años á la adquisición de Venecia, cuyo asunto podría volver á ponerse sobre el tapete cuando estuviera organizada la administración interior y hubiese mejorado la situación de la hacienda.

Atendidas las íntimas relaciones que Nigra tenía en las Tullerías, pudo suponerse que esto formaba parte del programa del emperador, que por lo mismo debía ser contrario á la alianza pruso-italiana; y el mismo Lamármora lo comprendió así, por lo cual se decidió á reducir el presupuesto de la Guerra, reducción que, por otra parte, el estado de la Hacienda exigía imperiosamente. Pasar más allá en sentido del supuesto programa de Napoleón, le habría sido imposible so pena de excitar al Parlamento contra el gobierno. Además le apartó de semejantes intentos la actitud solícita de Bismarck, el cual había vuelto á emprender las negociaciones relativas al tratado de comercio de Italia con la Unión aduanera inmediatamente después de su viaje á Biarritz, y entretanto el rey Guillermo había enviado á Víctor Manuel las insignias de la orden del Aguila negra, que le fueron entregadas solemnemente el 28 de enero de 1866.

Al mismo tiempo el ministro de Prusia invitó al de Italia, por mediación de los dos embajadores en París, á enviar un general á Berlín con el cual se pudiera concertar lo necesario para el caso de una guerra con el Austria, y por su parte prometió enviar un general prusiano á Florencia, que, según se lisonjeó Lamármora, sería el mismo general Moltke, jefe del Estado mayor prusiano.

Las relaciones entre Prusia y Austria volvieron á tomar por aquel tiempo un carácter amenazador. A consecuencia de la tolerancia con que el general Gablenz, gobernador austriaco del Holstein, trataba entonces al partido del